



PENSAMIENTO VISIBLE Y CURRÍCULO OCULTO

Billy Santamaría Mondragón

*Magíster en Educación
Estudiante de psicología Funlam*

Al recordar mi paso por el jardín infantil o la escuela primaria, no puedo dejar de decir que fue la época donde más momentos felices he acumulado, aunque también es la época donde más preguntas se han generado y solo hasta hoy ha sido posible responder. Nunca pude comprender, porque tenía que memorizar: las tablas de multiplicar, los distintos elementos químicos, el año en que Colombia logro su independencia, los colores primarios y secundarios, el año en que Cristóbal Colon “descubrió” o “invadió” a América y cuántos planetas conforman el sistema solar, entre otras cuestiones. Al despertar todos los días a las 5:50 a.m. para ir a la escuela, se suscitaban varias sensaciones y pensamientos, porque tenía que enfrentarme otra vez, a las mismas cuestiones (que para mí, le permitían al docente justificar su presencia en la escuela) y por otro lado, me generaba la mayor satisfacción, porque en dicho lugar me iba a encontrar de nuevo con mis amigos, para compartir juegos y risas.

Dicha satisfacción se debía a que, aquellos momentos no eran impuestos por nadie, no habían reglamentos, ni estándares que cumplir para morirme de la risa porque un compañero no fue capaz de pronunciar adecuadamente algunos de los nombres de los personajes del libro que estábamos leyendo aquel día, o sentir que todo lo podíamos aprender, en los momentos en que la docente nos incentivaba a dibujar en el papel todas nuestras experiencias durante vacaciones.

Lo anterior suscita entonces varios interrogantes: ¿es la escuela aquel espacio en donde se formalizan y legitiman las presunciones políticas y culturales? ¿Dichas presunciones, excluyen o aíslan al docente del mundo cotidiano del estudiante? ¿Qué es realmente lo que el estudiante debe y quiere aprender? ¿Esta el docente preparado para enseñar lo que el estudiante quiere aprender? Estos interrogantes tratarán de ser abordados desde dos elementos conceptuales que han tomado fuerza actualmente en los procesos de enseñanza-aprendizaje; el currículo oculto y el pensamiento visible, elementos que el sistema educativo ha ignorado por mucho tiempo y los cuales considero importantes que el docente incluya en la práctica pedagógica con sus estudiantes.

La escuela se ha convertido en el espacio, en el cual los niños y niñas permanecen la mayor parte de su tiempo. En promedio, un estudiante de una institución educativa pública dedica 1.080 horas al año de estudio, y que se podría decir de un estudiante de una institución educativa privada. Un poco más del 50% de esas horas son destinadas a la producción de contenidos obligatorios y a la formalización de ciertos rituales escolares: puntualidad, llamar a lista, solicitar permiso para ir al baño, esperar a que el docente indique cuando hablar, sentarse en fila recta y mirando al tablero, entre otras; que convocan al orden y a la disciplina de los cuerpos (Foucault, 1976. Pág. 124).

En una ocasión, durante un encuentro de padres y madres de familia en un jardín infantil, pregunté por el propósito de que sus hijos estén inmersos todos los días en dicho espacio y sus respuestas fueron variadas y concretas, pero la que más me sorprendió fue cuando una madre me dijo: “por lo menos aquí me lo van a guardar muy bien todos los días.” La respuesta de la madre, será coincidencia o en verdad la escuela o el jardín infantil se han convertido en escenarios cuyo propósito es similar a lo que planteaba Foucault, cuando reflexionaba sobre el nacimiento de las prisiones y los hospitales mentales (Foucault, 1976. Pág. 138). Muchas veces se ha dicho que la escuela ha perdido su rumbo, constantemente señalan y critican que ésta se focalizo en dar cumplimiento a ciertas metas educativas establecidas por el estado y que la escuela se ha dejado contagiar del ritmo desenfrenado impuesto por los

medios de comunicación y la cultura, hasta ahora estas situaciones no han cambiado, solo queda un camino, hacer las cosas de distintas formas.

Mi experiencia profesional me ha mostrado, que el docente tiene la posibilidad de introducir nuevas formas de actuación en su práctica pedagógica, pero la situación se torna compleja debido a que éste debe limitarse a cumplir un currículo formal o explícito, con el propósito de que el estudiante adquiera las habilidades cognitivas, que le permitan enfrentarse de manera exitosa a los exámenes del estado. Mi señalamiento no gira en torno a las áreas obligatorias y fundamentales descritas por el gobierno nacional, que constituyen el currículo formal, el cual siempre he pensado debería reflejar las intenciones de la sociedad pero realmente reflejan las intenciones de los poderes políticos (Carrillo, 2009. Pág.3). Lo que aquí deseo exponer, es que el docente debe ser un facilitador que cuestione constantemente su tarea y que piense en el estudiante como un sujeto que construye conocimiento, no que adquiere conocimiento (Flores, 2006. Pág. 9) Para ello, es preciso que el docente dé cuenta de su habilidad para transversalizar y correlacionar los contenidos obligatorios reflejados en el currículo explícito y aquellos aspectos de la vida cotidiana del estudiante (currículo oculto) que merecen una atención diferente; de esta manera se podría mitigar un poco la carga que trae consigo el hecho de que los docentes tengan que cumplir con los objetivos trazados por la institución educativa y los intereses y expectativas de los estudiantes.

Dentro de este contexto, el currículo oculto o latente no es un artilugio inventado por quien sabe quien para hacer que la práctica educativa de los docentes sea más compleja y difícil de lo que ha sido hasta ahora, por el contrario, el currículo oculto es un enfoque que permite analizar las interacciones que se producen al interior del espacio educativo (Woods, 1983. Citado por Moreno, 2005. Pág. 182), de la cual los docentes se pueden valer para acercarse y descubrir los lenguajes, valores, pensamientos y emociones de sus estudiantes así como también sus intereses, sus experiencias, sus subjetividades, es decir, permite conocer la vida cotidiana de los estudiantes en el espacio educativo, pero también es una posibilidad para que el docente reflexione sobre su propia subjetividad y como esta traza su relación con los estudiantes.

Es pues el currículo oculto la oportunidad para que el docente proyecte su práctica hacia el desarrollo de otros aprendizajes por parte del estudiante, que no están explícitos en ningún currículo formal. En ninguna parte por ejemplo, está escrito que el estudiante alcance niveles de reflexión y análisis, por las causas intrínsecas que llevaron a Adolfo Hitler a pugnar por el exterminio de todos los judíos, así mismo, no hay ningún plan que determine la manera en que el estudiante pueda dar otro tipo de aplicaciones al teorema de Pitágoras. Considero que el que hacer pedagógico del docente no puede limitarse solo a la instrucción de conocimientos, es necesario que los contenidos contengan elementos que promuevan el desarrollo de habilidades de pensamiento.

Al estudiante actual de nada le sirve tener muchos conocimientos sobre historia, matemáticas, química, geografía, física, entre otras, sino tiene la capacidad de llevarlos a la práctica o peor aún, no cuenta con los elementos para transformar dichos conocimientos en definiciones y reflexiones personales; es decir, el docente debe utilizar estrategias que le permitan al estudiante reflexionar sobre lo que está aprendiendo (Perkins, 2008. Citado por Sarradelo, 2012. Pág.7), esto solo es posible, a partir del desarrollo de habilidades por parte del estudiante que le permiten generar nuevas ideas (pensamiento creativo), es decir que a partir de sus conocimientos previos proponga nuevas formas de explicar los conceptos trabajados en clase; lo anterior, debe ir acompañado de habilidades de pensamiento que le permitan clarificar dicho concepto (pensamiento analítico), logrando que el estudiante clasifique, contraste y compare sus puntos de vista a partir de otras ideas suscitadas en clase; finalizando con una posición crítica (pensamiento crítico) de su parte, como una forma de valorar sus propias ideas o conceptos (Swartz, 1989. Citado por Sarradelo, 2012. Pág. 10-11).

Al respecto conviene decir que, tanto el estudiante como el docente tienen la oportunidad de que el espacio educativo se convierta en un escenario para pensar, sentir, preguntar y preguntarse, para tomar decisiones y aprender de sus consecuencias, para enfrentar los problemas y conflictos y buscar y probar distintas soluciones (Sarradelo, 2012. Pág. 3); este es, por así decir, el elemento sustancial que persigue el currículo oculto: que el docente valore las creencias, ideas y formas de pensar del estudiante y no solo los referentes

teóricos, que al no ser reflexionados, analizados y juzgados por el estudiante no son más que letra muerta en los textos.

Referencias

Carrillo, B. Importancia del currículo oculto en el proceso de enseñanza- aprendizaje. Revista innovación y experiencias educativas. N°14. 2009

Flores, G. Ponencia: ¿Qué hacer con el currículo oculto en el nuevo paradigma educativo? Un ejemplo desde la docencia de la historia. 6º Congreso internacional retos y perspectivas de la universidad. Universidad Autónoma de Puebla. 2006. Recuperado el 23 de abril de 2013 www.congresoretosyexpectativas.udg.mx

Foucault, M. Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión. Siglo XXI editores, S.A. de C.V. 1976

Moreno, A. La transmisión del currículo oculto en la práctica docente universitaria: Contextos educativos de la socialización. A modo de revisión teórica. Revista el Guiniguada. N°14. Las Palmas de Gran Canaria. 2005

Sarradelo, L. Aprender a pensar: Iniciación en el entrenamiento de destrezas y rutinas de pensamiento con niños de 5 años. Universidad internacional de La Rioja. Facultad de Educación. 2012